

CENTAUROS INDOMABLES DESCIENDEN A LOS LLANOS...

MANUEL BRICEÑO JAUREGUI, S. J.

Muchas veces habremos repetido estos versos del **Himno Nacional**. La epopeya libertadora no podía expresarse en términos vulgares. Por eso Rafael Núñez, el poeta, acudió a la metáfora, a la imaginación heroica, a lo soberanamente grandioso de la leyenda griega.

Mayo de 1819. El Genio de la Guerra emprende la marcha. Con el agua a la cintura, al pecho, entre barrizales, bajo la lluvia o al sol, atenazado por la intemperie, hace frente el ejército a la llanura infinita. Así varias semanas. Por fin, allá lejos se vislumbran los Andes. Con portentoso esfuerzo logran salir del lodazal los soldados, esqueletos vivos, de manos crispadas que se agarran a las rocas; resbala el casco incansable de las mulas en las vertientes de la cordillera. Siguen las tropas a quienes ahora espera el látigo helado del páramo. Los

llaneros no saben del frío. Acervo de cadáveres marca la ruta del ascenso a la victoria. Estos hombres van en busca de la lucha para teñir de sangre una bandera. Y llegan a la vertiente opuesta. Dos mil hombres han quedado tendidos en el páramo....

Bolívar cruza el Ande que riegan dos océanos....

Mas los llaneros de la epopeya libertadora no han terminado su carrera aún. Su carga febril en corceles de nervios de acero, en los campos de batalla de la Nueva Granada y Venezuela, harán gritar al poeta de la patria que estos seres no son hombres vulgares, no son apenas soldados de una lucha, sino que son toda una leyenda de heroísmo que baja al campo de batalla en los potros cerreros del trópico:

Centauros indomables descienden a los llanos....

Pero ese apelativo de centauros nos remonta a los tiempos antiquísimos de la fábula, cuando se percibía aún "el tropel vibrante de fuerza y de armonía" de aquella tribu de monstruos montaraces y velludos, mitad hombres y mitad caballos, moradores de las montañas y bosques de Arcadia y de Tesalia, hijos mitológicos de una deidad marina que es precisamente la imagen que el poeta encarna en los llaneros: le parece ver la figura del jinete identificada con el corcel. Son uno solo, caballo y caballero.

Hoy habla cualquiera de los centauros, los hemos visto en retratos de esculturas de museos, pero quizás no sabemos nada de su "historia". Trátemos de conocerla y comprenderemos la metáfora del Himno Nacional.

En la mitología clásica, el busto de estos seres se le representa humano mas con cuerpo y casco de caballo, por ser fruto de un castigo. Ellos son hijos de Kentauros, ser fiero y diforme y de yeguas de Magnesia. Vivían en las cumbres del Monte Pelión, "donde se amontonan las nubes y se forman las tempestades". Seres agresivos de aspecto feroz, de fuerza incontrastable, sus espantosos clamores hacen estremecer las montañas. Ellos galopan por los bosques, ellos arrancan árboles que les sirven de armas de pelea, ellos desgajan peñascos y se protegen con las tempestades: **"Unos enormes, rudos otros; alegres y saltantes como jóvenes potros unos con largas barbas como los padres-ríos;**

otros, imberbes, ágiles y de piafantes bríos y de robustos músculos, brazos y lomos, aptos para portar las ninfas rosadas en los raptos...." (R. D.).

Mas por esos tiempos vive también otra clase de seres mitológicos, vecinos de aquellos: son los lapitas. Genios destructores, de violento empuje, guerreros esforzados, se les ve con figura humana en el arte clásico, y pues son jinetes diestros, inventan el freno para domar caballos.

Pero sucede que un día se festejan las bodas de Piritoo, rey de los lapitas, con Hipodamia. A la fiesta, en cuevas sombreadas por verde follaje han sido invitados ellos junto con otros guerreros. Allí están así mismo los reyes de Tesalia. Se oye un confuso rumor de regocijo, de carcajadas, de música, entre gritos agudos de alegría. Se canta el himeneo, arden sagradas hogueras a la entrada. Rodeada de encantador cortejo de matronas y núbiles doncellas se presenta Hipodamia, de hermosas mejillas, oscureciendo con su belleza la de todas las mujeres. Llueven felicitaciones al afortunado esposo.

Y acontece que, en el festín, los centauros que no tienen la costumbre de beber vino, se embriagan brutalmente con sólo las primeras copas. Uno de ellos, de nombre Eurito, trata insensato de profanar a la novia, perdido el juicio, abrasado por el licor y la lujuria. Se arma la tremolina más violenta. La insolencia recibe su castigo, ruedan las mesas por el suelo, suenan salvajes puñetazos, corre la sangre, y sólo hay desorden. Eurito

arrastra por los cabellos a la hermosa, acuden los demás centauros provistos de enormes peñas y pinos gigantes a manera de lanzas, apoderándose de las demás mujeres que hallan al azar. Gritos desgarradores en la cueva, como una ciudad tomada por asalto. El heroico Teseo separa los obstáculos que le estorban el paso y arranca a Hipodamia de entre los brazos de los furiosos centauros. Eurito, mudo de cólera, abofetea al héroe, quien apoderándose de un tazón antiguo de enorme peso lo lanza vigoroso contra la cabeza del enemigo, y le arranca la nariz y las orejas. Eurito, entre convulsiones, arroja de su cuerpo el vino, la sangre, el cerebro, y la vida....

Indignados por la muerte de su hermano, se oye la gritería de los centauros: "A las armas!..." El vino enciende el coraje; y vuelan copas, platos, jarros, mesas.... y los hachones, altares, candelabros, se convierten en instrumentos de guerra y de matanza.

Amico, hijos de Ofión, rompe la testuz de un lapita, saltándole los ojos de las órbitas, dislocándole los huesos de la cara hasta hundirle la nariz en el paladar. Belatés de Pella destroza una mesa, con ella derriba a un lapita, y con dos anchas heridas le envía a los profundos, haciéndole vomitar los dientes entre olas de negra sangre. Grineo levanta en vilo un altar, lo arroja en medio de los lapitas enemigos, aplastando bajo la enorme mole a Broteas y Orión, al tiempo que el formidable Exadio toma la

cornamenta de un ciervo y clava el doble dardo en los ojos del centauro, quedando un ojo adherido a un cuerno y el otro saliendo ensangrentado pendiente de los pelos de la barba. Reto, coge un tizón ardiendo que blande como una espada, abrasa la sien derecha de Cárax que arde en los cabellos como árido rastrojo: "su sangre hierve con el estridor del hierro hecho ascua cuando tenido por las corvas tenazas del herrero es sumergido en el agua que silba y burbujea". Pero Cárax sofoca la llama, arranca el umbral de un portalón, que por su enorme peso no acierta a lanzar hasta el enemigo, y en su caída aplasta a un compañero. Reto aprovecha el momento hiriéndolo de nuevo con salvajes golpes repetidos hasta romperle el cráneo cuyos pedazos penetran y se le hunden en el cerebro. Altanero con la victoria se enfrenta a tres más, hunde el tizón a uno por la boca y se lo mete hasta el pecho; clava en la frente de otro el ígneo venablo, aunque ya su victoria no es íntegra porque el tercero le acierta una estaca endurecida entre la nuca y la espalda. El herido suspira, y sin poderse arrancar el arma se da a la fuga bañado en sangre, y con él huyen Orneo, Licabas, Medón y muchos más con paso vacilante....

Pocos escapan de la muerte, en medio de la rabia; el tumulto, el espanto, los golpes, la fatalidad.... Afilas, ebrio y aletargado, no se da cuenta de nada. Recostado sobre la piel de una fiera montés, con lángrida

mano sostiene la copa casi lleno todavía; Forbas lo ve, y pasando los dedos en la correa de su lanza, exclama: "Ve, y mezcla con las aguas de la laguna Estigia (de los infiernos) el vino que has bebido". Le arroja el venablo y le atraviesa la garganta. Sin embargo Afidas no siente el golpe mortal; muere sin abandonar la actitud en que se halla, y un negro río de sangre salta de su boca a la piel que le sirve de lecho, llenando la copa hasta rebosar. Petreo hace esfuerzos por desarraigar un fornido roble, pero la lanza del lapita Piritoo penetra en los hijares del centauro y lo deja clavado contra el árbol. Y así infinidad de muertes. Dardos certeros atraviesan las sienas de centauros y lapitas. Dictis desciende de la cumbre de una montaña, tratando de evadir los voladores venablos enemigos, cuando resbala y cae de cabeza: el peso de su cuerpo desgaja un corpudo fresno y con sus palpitantes entrañas cubre las esparcidas ramas. Para vengarle acude Afareo: cuando este va a arrojar un peñasco que arrancara del monte, Teseo le quebranta los huesos de su brazo con una encina. Salta luego el vencedor a la grupa del fiero centauro Bianor que nunca llevara a otro que a sí mismo: con

las rodillas le oprime los ijares, con la izquierda mano le ase la cabellera, con la nudosa clava le rompe las quijadas, las sienas, la frente. Y así brinca al lomo de otros monstruos encabritados, más altos que árboles, avezados a coger vivos a los osos, y bestias salvajes....

En el campo de batalla no han quedado sino brazos nervudos mutilados, cabezas rotas, ríos de sangre, desolación, cascos, escudos, cadáveres, rocas, pieles de animales, árboles, lanzas, hachas, hierros, ayes, rugidos, dolor, golpes, heridas, piedras, montañas, pesadumbre, oscuridad y muerte....

Así se extingue el indómito pueblo de los centauros. Así mueren con la epopeya heroica. Pero su valor legendario volverá a revivir gloriosamente en los llaneros —capitanes y soldados— de la independencia americana, clavados en los potros inmortales de la victoria, en una estampa gloriosa —jinete y caballero—. Por eso exclama el himno colombiano que cuando los

**Centauros indomables
descienden a los llanos,
empieza a presentirse
de la epopeya el fin....**